

querido jamás aceptar ningun beneficio ni encomienda, diciendo que estaba contento con su esposa, la cual era virgen, esto es, con su iglesia de Valencia.

Era de la ilustre casa de los Borjas de España, y tenia un talento sólido, mucha política y no poco vigor y teson (a). El rey de Aragon, á quien habia servido, y que pretendia dirigirle en el trono Pontificio, le preguntó por medio de sus embajadores, cómo queria vivir con él. «Gobierne él sus Estados (respondió el Papa), y déjeme á mí gobernar la Iglesia.» No se contentó Calis-

(a) Calisto III, llamado antes Alfonso de Borja, nació el año 1375 en la Torre de Canals, posesion de la nobilísima casa de sus padres, mas por haberle bautizado en la iglesia colegiata de San Felipe de Játiva, dice un historiador, le hacen algunos autores hijo de aquella ciudad y dicen era descendiente de una pobre familia de ella. Siguió los primeros estudios en Valencia, y el de la jurisprudencia en Lérida, donde obtuvo el grado de doctor y la cátedra de cánones. Por sus lecciones y su gran sabiduría adquirió tal reputacion, que Pio II le llamó *escelentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes*. El Papa Martino V le nombró en 13 de junio del año segundo de su pontificado, cura de la iglesia parroquial de San Pedro mártir y San Nicolás de Valencia; pero deseoso el rey don Alfonso V de Aragon de tener á su lado un hombre distinguido por sus virtudes, eminente en sabiduría y hábil para el manejo de los negocios, le llamó cerca de sí y le nombró su consejero. Era Borja tan desinteresado como virtuoso y sábio, así es, que habiéndosele ofrecido la administracion del obispado de Mallorca, la rehusó considerándola incompatible con sus muchas obligaciones; y aun añade San Antonino de Florencia que renunció otras muchas. En 1429 volvió á su patria acompañado del cardenal Pedro de Foix, legado de Martino V para extinguir en Peñíscola las reliquias del gran cisma de Occidente; y en sentir de algunos autores puede decirse que á persuasion de Borja se redujo el antipapa Muñoz á la obediencia de la Iglesia, ejecutando lo mismo todos sus compañeros. Por este y otros señalados servicios fué elevado Borja á las mayores dignidades: la primera que se le confirió fué el arzobispado de Valencia que se hallaba entonces vacante. Asistió en 1433 al concilio de Basilea, como embajador del rey de Aragon, puso en paz al mismo rey con don Juan II de Castilla, y dió fin á los disgustos y competencias que habia entre Eugenio IV y Alfonso V, trabajando con tanta delicadeza en estos negocios, que admirado el Papa y queriendo recompensar el celo de Borja, le creó cardenal en 12 de julio de 1444. Su conducta ejemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas desinteresado, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores le instaron para que admitiese otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas de una esposa y esa virgen. Henrion nos dice lo bastante acerca de su elevacion y hechos en el pontificado.

(N. del E.)

to con palabras, sino que efectivamente sacó del poder de Alfonso muchas plazas usurpadas á la Santa Sede, y cortó gran número de derechos abusivos de los reinos de Nápoles y Sicilia, especialmente con respecto á la disposicion de los beneficios, los cuales daba el rey á todo género de vasallos, no teniendo á ninguno por inepto con tal que estuviese en estado de pagar.

El primer objeto del celo de este Pontífice fué el interés de la Religión en Grecia y en los países inmediatos á ella. Antes de su eleccion se habia obligado á hacer la guerra á los turcos con un voto formal, concebido de un modo muy extraordinario, esplicándose en él, segun refieren San Antonino y Eneas Silvio (1), como si ya fuese Papa. «Yo, Calisto (decia), Pontífice del Dios Todopoderoso, prometo á la Santa é indivisible Trinidad, perseguir con la guerra y de cuantos modos me sea posible á los turcos enemigos del nombre cristiano.» ¡Tal era la confianza que tenia en la prediccion de San Vicente Ferrer! Luego que fué elegido, renovó este voto, y despues envió al cardenal de Aviñon á la corte de Francia, al piadoso cardenal de Carvajal á Hungría, y varios predicadores eloquentes á toda Europa para exhortar á los fieles á que se prestasen á sus intenciones, contribuyendo á ello con sus personas y con sus riquezas. Envió tambien embajadores á los reyes de Persia, Tartaria y Armenia, para escitarlos contra un enemigo formidable á todas las naciones: lo que solo produjo el efecto de incomodar á los turcos sin mejorar la suerte los cristianos. Por su parte estableció una marina militar en Roma, cosa que no habia hecho ningun predecesor suyo, y construyó hasta diez y seis galeras, cuyo mando dió al cardenal de Aquilea, el que por espacio de

(1) Antonin. tit. 22, c. 44; Æn. Sylv. Europ. c. 53.

tres años asoló las provincias marítimas de Turquía y se apoderó de algunas islas. El duque de Borgoña, y aun el rey de Aragon, se cruzaron en un momento de fervor y prometieron enviar sus tropas contra los infieles. Pero si el gusto á las cruzadas podia despertarse todavia de cuando en cuando, no tenia ya ninguna estabilidad ni consistencia; y lo que habia sido efecto de un entusiasmo momentáneo, quedaba destruido por la reflexion tranquila y por el atractivo de la quietud y descanso.

De la nacion francesa se cuenta un hecho digno de atencion; es la causa de Guillermo de Malestroit, obispo de Nantes, que pretendia depender únicamente de la Santa Sede en lo temporal de su obispado (1). Como este asunto interesaba al duque de Bretaña, que era uno de los principales vasallos de la corona, se vió en el parlamento de Paris, tribunal de primer orden, donde fué condenado el obispo, tratándosele de desobediente y rebelde. No sujetándose todavia este y habiendo apelado á Roma, se apoderó el parlamento de todas sus rentas y le exigió una multa de veinte mil libras, porque habia violado (dice el decreto) las leyes fundamentales del reino, segun las cuales el monarca recibe su poder únicamente de Dios y no reconoce otro superior en materia temporal. El mismo decreto declaraba, que aunque sea muy cierto que la Santa Sede puede jurídicamente excomulgar al rey, no por eso tiene potestad para privarle de sus Estados, ni para dispensar á sus vasallos de la obediencia y fidelidad que le deben: que los derechos del príncipe se juzgan solamente en su tribunal, y que los obispos, lejos de poder apelar de sus edictos y hacer que sean anulados por los Papas, ni aun pueden salir del reino sin su permiso, y ni los Papas podrian citar ante sí

ningun vasallo suyo. Este obispo hizo dimision de su obispado algun tiempo despues.

La eterna competencia de los frailes mendicantes con el clero secular se renovó por entonces con un estrépito que solo puede interesar por la singularidad de los usos y costumbres de aquellos tiempos. La universidad de Paris abocó á sí la causa, segun su ambiciosa costumbre, sin embargo de que estaba ya para entender en ella el ordinario. Despues de haber estado siete ú ocho años sepultada en el olvido una bula del Papa difunto, que confirmaba los privilegios de las órdenes mendicantes con respecto á la confesion, llegó á manos de los carmelitas de Paris, los cuales pidieron que se les diese cumplimiento. Inmediatamente se juntó la universidad, y declaró ser la bula subrepticia, escandalosa, contraria á la paz, y capaz de trastornar la gerarquía; obligando á los frailes, no solo á renunciarla, sino tambien á hacer que se revocase en Roma, pues de lo contrario serian excluidos de la universidad, y señalándoles el preciso término de dos dias para tomar el partido que mas les agradase. Recurrieron al parlamento, en el cual no querian los doctores que se tratase de sus privilegios, y solo pudo aquel tribunal acallar por algun tiempo la disputa, aun tomando por asociados al arzobispo de Reims y al obispo de Paris. El conde de Richemont, heredero presuntivo del ducado de Bretaña, condestable de Francia, primer oficial de la corona y general de los ejércitos franceses, fué elegido despues por mediador entre los doctores y los religiosos, y á pesar de todos sus esfuerzos no le fué posible hacer otra cosa que una paz momentánea, á lo menos con los frailes de Santo Domingo, los cuales seguian los consejos y máximas de su general. El Papa Calisto, cuya intervencion reclamaron los religiosos, certificó la autenticidad de la bula de su predecesor, la confirmó y ame-

(1) Prueb. de las libert. de la iglesia gal. p. 163.



nazó con las penas mas severas á los que se atreviesen á contravenir á ella. Pero no cedió la universidad, antes bien continuó negando los grados á los dominicos; mas al fin, venciendo el amor del doctorado los obstáculos que se habian resistido á las mas poderosas mediaciones, se sujetaron estos y los demas religiosos á lo que pedian los doctores (1456).

Durante esta disputa se quejó la universidad ágramente de un fraile predicador que habia impugnado en el púlpito la immaculada Concepcion de Maria, y pidió al duque de Bretaña, en cuyos Estados habitaba aquel religioso, que le castigase como á un novador luego que estuviese convicto. Asi se ve que en todas ocasiones se miraba esta piadosa creencia como doctrina comun, no solo de las escuelas de Paris, sino de las iglesias de todos los paises. El concilio de Aviñon (1457), congregado por los legados Pedro de Foix y Alano de Coetivi, y compuesto de gran número de obispos de las metrópolis vecinas, recomendó la observancia de lo que se habia decidido en Basilea á favor de esta doctrina, sin embargo de que no les merecian la mayor atencion las sesiones en que se habia tratado de ella; pero sabian distinguir prudentemente entre lo que estaba autorizado con el sello de la enseñanza comun y lo que era propio de los estravíos particulares causados por el espíritu de faccion (1).

Otro concilio celebrado por el mismo tiempo en Soissons (1455), recogió con igual tino y discernimiento muchos excelentes decretos de disciplina publicados en algunas sesiones de Basilea. Se estableció (2) que se observase con exactitud en lo tocante á la celebracion de los divinos officios, á la eleccion para las dignidades eclesiásti-

(1) *Anecd. t. 4, p. 379.*  
(2) *Cong. Hard. t. 9, p. 1331.*

cas y á la provision de los beneficios; que se guardasen con todo rigor las leyes dadas contra los clérigos incontinentes; que no se confriese el sacerdocio sino á sujetos de buenas costumbres, capaces de explicar el Evangelio y que tuviesen un patrimonio decente; que aun la tonsura se diese con reserva y discernimiento; que se hiciese justicia á los curas que tuviesen alguna queja contra los obispos ó los arcedianos con motivo de los derechos de visita; que los monasterios y cabildos proporcionasen á los párrocos la subsistencia necesaria, esto es, la congrua sustentacion; que de cada cabildo se enviase algun sujeto á estudiar en las universidades; que los clérigos llevasen corona abierta y hábitos clericales si querian gozar de sus fueros y privilegios, y que huyesen de todo lujo y profusion en el vestir; y por último, que los obispos no gastasen ropas de seda, ni se presentasen en la iglesia sino con sotana y roquete.

En el mes de diciembre del año siguiente (1456) hubo, principalmente en Italia, unos huracanes y terremotos tan formidables, que aun á las almas mas obstinadas las inspiró el temor de los juicios de Dios. Entre Sena y Florencia se vieron á cuarenta ó cincuenta pies de elevacion unas nubes negras y espantosas, agitadas por unos vientos tan furiosos, que se llevaban los tejados de las casas, derribaban las paredes, arrancaban los árboles mas corpulentos, y arrebataban por los aires á los hombres y á los animales. En el Abruzzo, la Pulla y todo el reino de Nápoles tembló la tierra con tal violencia, que quedaron arruinadas una gran porcion de casas y aun de iglesias. Asegura San Antonino (1) que murieron en esta ocasion mas de sesenta mil personas, y de ellas treinta mil, segun Eneas Silvio (2), en

(1) *Antonin. t. 22, c. 14.*  
(2) *En. Sylv. epist. 207.*

sola la ciudad de Nápoles. Cerca de Royano se abrió la tierra, y saliendo de ella el agua á borbotones con una abundancia prodigiosa, apareció en pocos momentos un lago en los campos que habian estado cargados de mieses. Del seno del mar Egeo salió de repente una isleta que se elevó cuarenta codos sobre el nivel del mar, y pareció estar ardiendo por espacio de muchos dias: lo que causó la mayor consternacion aun á larga distancia, porque no estaban todavía acostumbrados los hombres á semejantes espectáculos, los cuales se han repetido despues con mucha frecuencia en el Archipiélago. Hicieron particularmente tal impresion estos terribles fenómenos en el ánimo del rey de Aragon, que á cada momento renovaba el voto de pelear contra los turcos; pero no volvió á pensar en ello luego que cesó el peligro (1).

Jamás sin embargo se habia presentado una ocasion tan favorable para acabar con el mas peligroso enemigo del nombre cristiano, destrozado ya en los campos de Belgrado. Poco despues de la toma de Constantinopla, habia tratado Mahomet de subyugar á los príncipes circunvecinos, y especialmente á Scanderberg, cuyo valor era el principal dique que contenia la ambicion del sultan. Habiendo sido rechazados con vigor sus generales, y derrotadas sus tropas por todas partes, á pesar de la rebelion del general albanés, corrompido por Mahomet, no se disminuyó nada la audacia de éste, el cual volvió hácia el Danubio con ciento y cincuenta mil hombres, y fué á sitiarse á Belgrado, plaza sumamente fuerte, donde se habia estrellado toda la habilidad de su padre Amurates. Pero el soberbio vencedor de la nueva Roma se figuraba que todo debía ceder á sus fuerzas, y ya pensaba invadir, despues de este último baluarte de la cristiandad, no solo la Sérvia y

la Hungría, de que ella dependia, sino tambien la Alemania y la Italia. Delirando con el orgullo impío de sus proyectos, decia ya: «No hay mas que un Dios en el cielo, ni debe haber en la tierra mas monarca que Mahomet (1).»

Tres hombres de un mismo nombre y de muy diferente estado, á saber: Juan de Carvajal, cardenal legado, Juan Huniades, general del rey de Hungría, y Juan Capistrano, religioso del orden de San Francisco, fueron los instrumentos que en manos de Dios sirvieron igualmente, cada uno á su modo, para confundir la arrogancia musulmana. Carvajal, legado hábil, prelado de eminente piedad y hombre de un valor propio para todo género de funciones, ayudado por Capistrano, poderoso en obras y en palabras, juntó un ejército de cerca de cuarenta mil combatientes, pero sin experiencia y sin reputacion, sacados á toda prisa de entre el pueblo bajo, sin prest, casi sin armas y sin disciplina; en fin, como debian ser para que no pudiese menos de conocerse en su victoria la obra del Todopoderoso. Huniades puso tambien en campaña un ejército bastante numeroso; pero que á escepcion del general, tan acostumbrado á triunfar de los turcos, apenas valia mas que el primero, de suerte que los oficiales de la plana mayor temieron, ó se desdijeron de acompañarle; y era tan poco lo que de él se prometia el rey mismo Ladislao, que alegando varios pretextos, se retiró desde Buda á Viena de Austria.

Acometida la plaza de Belgrado por tierra y por agua desde el mes de junio, y sufriendo de dia y de noche los tiros continuos de la artilleria fulminante y de todas las máquinas formidables que tanto destrozaban habian causado en Constantinopla, se halla-

(1) *Platin. in vit. Calisti III.*  
B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA—Tomo IV.

(1) *Naucl. vol. 3, gener. 49, pag. 479; En. Sylv. Europ. c. 8.*



ba ya en el último apuro, á pesar de todos los esfuerzos de su valerosa guarnicion, cuando á mediados de julio divisó ondear sobre las montañas las banderas de las tropas auxiliares (1). Pero estaba separada de ellas por el rio, donde tenia el turco sesenta galeras y una infinidad de barcos de todas formas y tamaños. Pudo formar tambien Huniades una especie de flota, con la cual, sin hacer mucho caso de unos enemigos que no tenian la mayor destreza en la navegacion, los acometió furiosamente y los persiguió con obstinacion, precipitándose con espada en mano, á vista de todas sus tropas, donde quiera veia mas empeñada la refriega. Capistrano animaba á los fieles llevando un Crucifijo en la mano, sostenia la esperanza de la tropa y del general mismo, reclamaba las antiguas misericordias del Señor, y no cesaba de repetir: «esta es la causa de Dios: nada importan las fuerzas del hombre.» Fué tal la carnicería que hubo por una y otra parte, que se tiñeron de sangre las aguas del Danubio; pero habiendo roto los cristianos todas las líneas de los turcos, los cogieron veintisiete galeras, teniendo por felices los demas barcos con poder abandonarse á la corriente del rio, que era favorable á su fuga. Entonces entraron los vencedores sin ningun obstáculo en la ciudad, donde fueron recibidos como ángeles tutelares y salvadores de la patria, pues por espacio de diez y siete dias se habia visto en un conflicto tan grande, que á cada instante temia caer en manos del enemigo (1456).

Mas lejos de desmayar por esto el orgulloso sultan, redobló sus esfuerzos, y batió los muros con tal furor y continuacion, que no daba lugar para repararlos. Luego que estuvieron abiertas las brechas, se encaminaron al asalto todos los infieles, y pusieron

(1) Chalco. l. 8.

escalas en una infinidad de parages, á fin de dividir las fuerzas de los sitiados. Poco adelantaron en aquel dia, y tuvieron una pérdida considerable de gente; pero murieron tambien muchos cristianos. El dia siguiente se repitió el asalto con mayor encarnizamiento: fué tal la refriega, que entraron en la ciudad una porcion de turcos, y faltó poco para que quedasen dueños absolutos de ella. En esta crisis, y en el mismo recinto de la plaza, persiguiendo y siendo perseguidos alternativamente los sitiadores y los sitiados, siendo unas veces vencidos y otras vencedores, en medio de aquella incertidumbre mortal que duró mucho tiempo, haciendo Huniades el oficio de general y de soldado, presentando Capistrano el crucifijo desde lo alto de una torre, maldiciendo Mahomet al cielo y riñendo ásperamente á los genizaros, ofrecieron el espectáculo mas horroroso la audacia y el terror, la algazara del triunfo y los gritos de la desesperacion, el valor, el furor y la rabia, la turbacion y el tumulto. En esta confusion, habiendo advertido un húngaro, guerrero comun en cuanto á su clase, pero igual á los hombres mas ilustres en la nobleza de sentimientos, que un turco enarbolaba la media luna en lo mas elevado de una torre para desanimar á los cristianos, haciéndoles creer que estaba ya perdida la ciudad, quiso arrancar la bandera, y como le detuviese el turco, se abalanzó el magnánimo húngaro al turco y á la bandera, se precipitó desde la torre, y con la muerte de su enemigo y la suya libró á los cristianos de la consternacion y de una derrota completa. En el mismo instante cayó muerto al lado de Mahomet el bajá Casan, que era el mas valiente de todos los otomanos, el mismo sultan fué herido de una flecha en el pecho; consternados los genizaros se retiraron, y luego se desordenaron todos los infieles despues de un combate de mas de veinte horas.

El sultan, que al principio no hizo caso de su herida, trató de reunir sus tropas con súplicas y amenazas; pero habiéndose desmayado, le sacaron de la refriega, y fué tal la carnicería que hicieron los cristianos, que quedaron muertos mas de cuarenta mil turcos. Fué saqueado su campamento, y se encontró en él un bagaje inestimable, generalmente todo lo que era difícil de transportar, y en particular doscientas piezas de artillería de grueso calibre, todas de bronce, y nueve tiendas de tela de oro y plata, propias del gran señor (1). Luego que este volvió de su desmayo y supo el desastre que acababa de experimentar, intentó, aunque en vano, quitarse la vida con veneno. Seguramente hubiera querido mas bien morir que sobrevivir á la ignominia de aquella jornada, la cual se miró como la salvacion, no solo de Hungría, sino de todo el imperio cristiano. Desde entonces jamás se pronunció el nombre de Belgrado delante de Mahomet, sin que prorrumpiese este en maldiciones acompañadas de movimientos convulsivos, que parecian propios de un frenético.

Luego que se retiraron los turcos, se tributaron al Señor acciones de gracias proporcionadas á la magnitud del azote de que habia libertado á su pueblo, y así Huniades como San Juan Capistrano le aclamaron, en presencia de todo el ejército, por el único autor de su victoria. El Papa Calisto, para perpetuar el agradecimiento á tan gran beneficio, mandó celebrar en toda la Iglesia con la mayor solemnidad la fiesta de la Transfiguracion del Señor, el dia 6 de agosto, que fué el de aquel triunfo memorable. Compuso por sí mismo el oficio de ella, y concedió las mismas indulgencias que en la celebracion de la fiesta del Santísimo Sacramento.

(1) Naucler. t. 3, gener. 49, p. 460.

Parece que Huniades y Capistrano habian sido reservados solamente para esta feliz expedicion; pues apenas se habian cogido sus primeros frutos, cuando el Señor los sacó del mundo para coronarlos con las palmas que no se marchitan jamás. Debilitado Huniades con los trabajos de una vida consagrada casi toda á un religioso heroismo, y agobiado con las fatigas excesivas de la última campaña, fué acometido de una calentura ardiente, de la cual murió el dia 10 de setiembre. Pidió los Sacramentos con fé viva; y lleno de su fuerza acostumbrada hasta el último aliento, hizo que le llevasen á la iglesia para recibir el Santo Viático, diciendo que no era conveniente que el Señor fuera á buscar al criado (1). Capistrano, su admirador sincero y su amigo fiel en todas las ocasiones, no se apartó de su lado en este trance peligroso, le animó hasta el último instante de su vida con tiernas exhortaciones, é hizo su elogio fúnebre con un estilo en que se echa de ver la afliccion mas profunda. Quedó inconsolable toda Europa con la muerte de este héroe. Cuando la supo el Papa, derramó un torrente de lágrimas y quiso celebrar en persona el Santo Sacrificio con la mayor solemnidad en la Basílica de San Pedro por aquel defensor memorable de la Religion. El mismo Mahomet dió tambien pruebas de sentirlo, y dijo poseído de tristeza: «Desde que hay hombres no ha tenido ningun príncipe semejante caudillo; ya no hay una persona en quien pueda yo vengarme diguamente de la ignominia de mi derrota.» Dejó Huniades dos hijos que heredaron las cualidades heroicas de su padre. Una muerte indigna, como veremos muy pronto, privó al mundo cristiano de las esperanzas que tenia colocadas en el primogénito, y el segundo fué el sucesor de su rey.

(1) Naucler. gener. 4. 450